Prólogo a *El método Podemos*

Carlos Rodríguez Braun

 El caballo de Troya no era un regalo y el pañuelo de Desdémona no era una prueba. Si los troyanos vieron en el coloso de madera una inofensiva ofrenda a Atenea y si Otelo quedó convencido de la infidelidad de su mujer fue por unos hábiles relatos urdidos por el astuto Sinón y el insidioso Yago. Pues bien, de eso va este libro: David Álvaro García y Enrique A. Fonseca Porras, *El método Podemos*, en Editorial Última Línea.

 Dirá usted: no, porque la clave de ambas estrategias era mentir, y la política es otra cosa. Pues no estoy seguro de que sea otra cosa, y de eso va este prólogo.

 David Álvaro García y Enrique A. Fonseca Porras señalan una incuestionable verdad: el marxismo se ha concretado en los regímenes políticos más criminales y devastadores que jamás hayan sido perpetrados contra los pueblos de la Tierra en toda la historia de la humanidad, y, sin embargo, ser marxista, comunista o socialista no es ningún estigma, más bien al contrario.

 Usted puede afirmar: “soy comunista”, y a lo sumo lo considerarán una persona quizá algo exagerada, pero en el fondo buena, quizá no perfecta en sus razonamientos y recomendaciones, aunque sin duda inobjetable en sus fines. Pero si usted proclama “soy nazi” entonces ya será una persona perdida para la sociedad, será usted extremista, agresiva, intolerante, fanática, criminal, y convendrá confinarla en los márgenes de la comunidad aunque se pase usted toda la vida pidiendo perdón.

 La situación es realmente llamativa, no sólo porque las víctimas del comunismo fueron muchas más que las del fascismo, sino porque las bases ideológicas de ambos totalitarismos son bastante parecidas: no por casualidad el primer aliado de Stalin fue Hitler. Precisamente, su cambio de bando constituyó la más hábil maniobra política que el comunismo haya acometido nunca. La victoria aliada situó a Stalin en la foto de los “buenos”, cuando en 1945 los comunistas habían matado ya a millones de trabajadores. Y más que matarían después, de hambre y en atroces campos de concentración…pero de todo esto no habrá visto usted muchas películas ¿verdad que no?

 Lograr eso, lograr que el comunismo no sea un sistema apestado ni siquiera tras la caída del Muro de Berlín, no es fácil. Conseguir que cuando pensamos en campos de concentración pensemos en los nazis y no en los comunistas, que cuando pensamos en víctimas de la Guerra Civil Española no pensemos en las provocadas por la izquierda, y que cuando pensamos en violaciones de los derechos humanos en América Latina pensemos en Pinochet y no en Fidel Castro, todo ello requiere mucha destreza en la propaganda. Y diestros son los autores del presente libro al analizar el marxismo no en sus sanguinarios resultados reales sino en sus brillantes resultados propagandísticos, en concreto en el caso más reciente, el último camelo marxista: el fenómeno de Podemos.

 García y Fonseca Porras brindan el análisis más atinado que conozco sobre lo que llaman “El Método Podemos”, explican las claves de sus notables logros, y argumentan que es un método que los partidos no marxistas pueden utilizar con provecho. Sólo matizaría su análisis en un punto, el de la mentira y la verdad, que abordaré en seguida.

 El marxismo parte de la base de inventarse un problema derivado de un conflicto: la opresión y miseria de la clase obrera por culpa del capitalismo; y una solución: el socialismo. Desde el propio Marx en 1867, al final del capítulo 24 de *El Capital*, el marxismo siempre ha sostenido que la solución requiere el sacrificio de algunos individuos, ya se sabe, para hacer una tortilla hay que romper huevos, como sentenció ese afamado protosocialista, Robespierre.

La clave para que dicho sacrificio sea asumible por los actuales o potenciales partidarios del socialismo estriba en machacar con la idea de que ellos, dichos partidarios, jamás serán las víctimas, que se limitarán un grupo reducido, privilegiado y odioso. Todo ello, lógicamente, facilitará la transición al edén progresista. Marx subraya, así, que el paso del capitalismo al socialismo será mucho más sencillo que el paso del pre-capitalismo al capitalismo, porque éste requirió que unos cuantos usurpadores expropiasen a la masa del pueblo, mientras que el socialismo apenas requerirá que la masa del pueblo expropie a unos cuantos usurpadores.

 Aunque nunca debemos olvidar que millones de trabajadores murieron merced a esta monstruosa mentira, nuestro objetivo ahora es diferente: se trata de entender cómo fue posible que tanta gente la creyera. Y la explicación nos conduce desde el comunismo más carnívoro hasta la socialdemocracia más vegetariana, y más interesante por haber sido más perdurable y generalizada.

Podemos es un ejemplo del pensamiento mágico y simplista que caracteriza al antiliberalismo. Identifican un mal, digamos, la pobreza, y rápidamente dan con la solución: más gasto público en subsidios, rentas básicas, etc. Ante los desahucios, la receta es obvia: prohibirlos, y que las personas sin vivienda se alojen en los domicilios vacíos. “Será por casas en España”, bromeó Pablo Iglesias en un reciente discurso, dando testimonio una vez más de que detectar su escalofriante totalitarismo no necesita de pesquisas detectivescas, porque es del todo transparente: simplemente, hablan como si el gasto público fuera gratis y como si las viviendas vacías no fuesen de nadie.

El narcisismo, ese pueril autoengaño psicológico, está presente en la fatal arrogancia intervencionista, y es paradigmático en Podemos. Se creen que son mejores que los demás, lo que está lejos de ser evidente, y se creen que son un partido nuevo, cuando son rancios en sus vetustas banderas socialistas –y también fascistas, como el nacionalismo.

Sus recomendaciones y recetas son insostenibles, y peligrosas en su recurso sistemático a los recortes de derechos y libertades, que procuran disfrazar con el truco de que bajo Podemos sólo padecerán “los ricos”. Como están ansiosos por ampliar su base electoral más allá de las locuras comunistas, proponen toda clase de cosas todo el rato, porque están probando diversas estrategias, para sondear hasta qué punto su electorado potencial las acepta o rechaza, o para dar la impresión de que tienen ideas. Todas estas ideas repiten el patrón colectivista vestido de bondad y progreso: en Madrid sugirieron acabar con la fiesta de los toros. En Andalucía apuntaron a prohibir la Semana Santa: tras el revuelo, se presentaron como realistas, alegando que “se hará lo que el pueblo quiera”, es decir, un totalitarismo de manual, porque los derechos y libertades individuales nunca pueden depender sencillamente de lo que el pueblo quiera, pero se trata de detalles de poca monta en un partido dispuesto a expropiar fincas –hace no mucho tiempo estaban también dispuestos a emplear la violencia para acallar las voces discrepantes: lo hicieron reventando conferencias de Rosa Díez y Josep Piqué, en la propia Universidad.

Este ir y venir, descarado en Podemos, no es ajeno a la dinámica propia de la política democrática, que es diferente de la de las empresas privadas. Es lógico, como dicen los autores, que las empresas necesiten “crear un discurso coherente para ganar la confianza del público”, pero lo que es arduo es la coherencia en el caso de los políticos a la hora de tender el “puente entre la ideología del partido y las necesidades de los distintos grupos de la sociedad”.

Este objetivo ilustra la brecha entre la sociedad civil y la política. Las empresas, que no pueden financiarse coercitivamente, tampoco pueden ser incoherentes ni perjudicar los intereses de sus clientes en la sociedad civil. Si lo hacen, quiebran y desaparecen. En los Estados no sucede eso: reconocerá el lector que los Estados cometen toda clase de tropelías políticas, y toda suerte de onerosos despilfarros económicos, y sin embargo no desaparecen; al contrario, vemos que tras una crisis que ellos mismos han provocado y prolongado, el desenlace es que ahora son más grandes y están más fuertes que nunca, entre absurdas jeremiadas que proclaman el triunfo del liberalismo y la extinción de “lo público”.

La explicación de esta aparente paradoja reside en que los propios ciudadanos no somos coherentes con el Estado como lo somos con las empresas: típicamente, queremos que el Estado aumente el gasto público pero no lo queremos pagar. Esta contradicción traslada a la política democrática una solución que sólo es posible si los gobernantes asumen ellos mismos la contradicción, y la zanjan conforme a sus propios intereses en cada momento. Al hacerlo, necesariamente socavan la ética por mor de consideraciones tácticas que disuelven valores morales en aras de la *force majeure*, es decir, los llamados intereses generales, categoría dentro de la cual las autoridades escamotean los suyos propios. Así, Mariano Rajoy prometió bajar los impuestos y después los subió: ninguna empresa podría engañar de esa manera y sobrevivir. El PP, con todos los problemas de “marketing” que subrayan con acierto García y Fonseca Porras, no sólo no ha desaparecido sino que mejora en sus expectativas electorales, atribuyéndose falzmente, como era de esperar, el mérito de los buenos resultados de la economía española.

El discurso de los demás partidos es similar. Recuérdese el “dilema” de Rodríguez Zapatero, el apreciable embuste de aducir que había hecho lo mejor para el interés del país, sacrificando el suyo propio. Toda su presentación fue y es tan populista como la de Rajoy o la de Pablo Iglesias, con la reiteración de los malvados “mercados” a los que se demoniza antropomorfizándolos: “tienen cara y ojos…nos atacan”, cuando no se trata más que de las consecuencias de estrategias políticas que buscan maximizar el poder y minimizar los costes que su habitual ejercicio intervencionista conlleva.

No digo que todos los políticos sean idénticos, ni que lo sea su mendacidad. Mi hipótesis es que la lógica de la política moderna es en buena medida incompatible con la verdad. Esto requiere que los políticos asignen un elevado porcentaje de sus energías a la propaganda, única manera de desactivar la reacción indignada de sus súbditos ante la creciente opresión fiscal, política y legislativa: de ahí, por ejemplo, el empeño en que los impuestos suben “para salvar el Estado del bienestar”, o en lanzar campañas contra el fraude, cuyo objetivo, más que recaudar, es desviar la atención de los (mal llamados) contribuyentes, e intoxicarlos con la consigna de que los únicos impuestos realmente malos son los que aún no se pagan.

Que hay matices me parece patente. Por ejemplo, Podemos aún no está en el Gobierno, ni lo ha estado antes, con lo cual puede exagerar la tomadura de pelo política habitual, y prometer un paraíso aún más deslumbrante que el que auguran los demás, que son juzgados con mayor severidad, precisamente porque no son unos recién llegados al ágora.

En todo caso, todos deben componer un “relato”, como en mi Argentina natal gusta de denominar la dinastía Kirchner a su falsaria reescritura de la historia. David Álvaro García y Enrique A. Fonseca Porras exponen con maestría el relato de Podemos, poniendo especial énfasis en cómo lo cuentan, en su magistral manejo de los medios de comunicación, manejo en el cual tienen brillantes antecedentes: por poner el ejemplo de un medio que conozco bien, la radio sirvió en los años 1930 y 1940 como un gran recurso de marketing político. El libro destaca el papel de Charles De Gaulle en la Segunda Guerra Mundial; yo habría subrayado el de Franklin D. Roosevelt, porque es anterior y porque repite buena parte de las mentiras dogmáticas de Podemos a la hora de propiciar su agenda liberticida revistiéndola de generosa atención a los más débiles, supuestamente hostigados por el capitalismo, el mercado y las empresas.

 En resumen, mi única diferencia con los autores radica en que no estoy seguro de que se pueda aplicar el Método Podemos sin mentir. Es más, no estoy seguro de que se pueda ganar en política sin mentir. Los Estados modernos, enormes y redistribuidores, imponen una dinámica de selección de damnificados, subrayando la visibilidad de los beneficios concretos y ocultando la generalización de los costes menos visibles, que dificulta el empleo políticamente provechoso de la verdad.

 Termino con dos melancólicas evocaciones latinoamericanas. La primera tuvo lugar hace un cuarto de siglo en la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander, adonde Pedro Schwartz nos convocó a amigos y discípulos a discutir sobre la obra de Karl Popper con el propio filósofo (de ahí salió el libro *Encuentro con Karl Popper*, Alianza Editorial, 1993). En un momento dado, Mario Vargas Llosa, que un tiempo antes había disputado la presidencia del Perú frente a Alberto Fujimori, le planteó a Popper el siguiente dilema: ¿habría sido lícito mentir para derrotar a Fujimori, mentir por una buena causa, porque el candidato victorioso había probado ser un desastre como presidente del país? Popper, que según me dijo había dejado de ser comunista cuando descubrió cuánto mentían los comunistas, lo negó de plano: en ningún caso se puede mentir para ganar las elecciones. Quedó en la sala la incómoda sensación de que, entonces, con la verdad, es muy difícil ganarlas.

 La otra evocación es incluso anterior. Es un antiguo dibujo de Quino que muestra en una serie de viñetas a un político veterano que pronuncia un discurso ante un pequeño grupo de ancianos en una sala semivacía. Y dice algo parecido a esto: nuestro partido nunca mintió, nunca engañó, jamás prometimos nada que no pudiéramos cumplir, respetamos la libertad y los derechos de todos, nunca nos aliamos con quienes no compartían nuestros principios, jamás corrompimos ni nos corrompimos, etc. etc. En la última viñeta, el viejo político se derrumba llorando sobre el atril con esta conclusión: ¡Y no hemos gobernado nunca!